

La democracia condicional

José Nun^{*}

Lo que Huntington no dijo

El politólogo inglés John Dunn observa que, en los países ricos, el éxito de la democracia representativa fue consecuencia de la combinación bastante peculiar que se produjo allí entre su viabilidad y su atractivo: lo que la hizo viable (la efectiva protección que le ha brindado a la economía de mercado) no es lo mismo que la volvió atractiva para la imaginación popular (la idea de que el poder legítimo del Estado se funda en la libre elección periódica de los ciudadanos).

El señalamiento me parece correcto pero parcial porque le falta un tercer término que resulta clave. Por muchos años, esa compatibilidad entre la viabilidad y el atractivo fue mediada por un aumento generalizado del bienestar de la población, producto de la forma que asumieron tanto la economía de mercado como el Estado. Y, al cambiar la situación han aparecido los cuestionamientos que acabo de mencionar.

Las cosas sucedieron de otro modo en nuestras latitudes y por eso puse tanto énfasis en lo que llamé la paradoja latinoamericana de nuestros días: tratar de consolidar democracias representativas en contextos marcados por la pobreza, la desigualdad y la polarización y donde los regímenes sociales de acumulación vigentes fomentan la marginalidad y la exclusión mientras los Estados se achican y se revelan incapaces de lidiar efectivamente con toda la magnitud de la crisis.

En estas condiciones (y como no podía ser de otra manera), el idioma que más se habla es el de Schumpeter y no el de Marshall. Fue así que la *idea* de la democracia como gobierno del pueblo perdió gravitación rápidamente en el discurso público de los apologistas de la democracia representativa: más potente en un primer momento, cuando cayeron o fueron desplazadas las dictaduras militares, el neoliberalismo se dedicó a sustituir esa idea en el imaginario colectivo por un énfasis

^{*} En: Nun, José. *Democracia. ¿Gobierno del pueblo o gobierno de los políticos?*, Capítulo XXI, Fondo de Cultura Económica, Argentina, 2001, pp. 151-157.

salvacionista en la única alternativa económica posible y por su promesa de logros materiales tan crecientes como abundantes. Pero, salvo muy contadas y muy parciales excepciones, tampoco esto ha ocurrido en relación con el grueso de la población, al tiempo que se han hecho cada vez más palpables las carencias y los defectos de los nuevos esquemas institucionales.

Dada esta situación, correspondería preguntarse, en los términos de Dunn, cómo se vienen combinando aquí la viabilidad y el atractivo de la democracia representativa en tanto forma de dominación por ahora relativamente estabilizada (aunque sean bastante inciertos su significado y su futuro en Perú, Ecuador, Paraguay, Venezuela, Colombia, Bolivia, Guatemala, Honduras, Nicaragua y varios otros lugares, que incluyen la aun ambigua evolución de México).

Son posibles varias respuestas, pero hay una que deseo subrayar, dada la importancia que le asigno: todo indica que la democracia representativa sólo está resultando viable dentro de límites muy estrechos que los políticos deben negociar continuamente con los grandes grupos económicos nacionales y extranjeros, para los cuales este régimen aparece por ahora como más confiable que tantas dictaduras militares que terminaron por revelarse arbitrarias, inconsultas y difíciles de controlar.

Uno de los parámetros principales de esta negociación es la separación tajante entre la economía y la política, conforme a los cánones del neoliberalismo. De acuerdo con la supuesta e inviolable lógica de la economía, los gobiernos están obligados, por ejemplo, a darle una prioridad absoluta al pago de sus enormes deudas externas y/o internas y a acatar las indicaciones (y las condicionalidades) del Fondo Monetario Internacional (FMI) o del Banco Mundial, independientemente de cualquier compromiso que hayan asumido con los votantes y aun de las necesidades más urgentes de éstos.

Es decir que no sólo nos hallamos ante una democracia representativa que se asume sin mayores reparos como el *gobierno de los políticos* sino que, en este caso, se trata de políticos que, en general y so pretexto de las exigencias de la globalización o del temor a la fuga de capitales, aceptan sumisamente los pesados condicionamientos que les imponen las fuerzas económicas dominantes. *No es extraño, entonces, que la democracia representativa que se presenta aquí como viable se esté volviendo cada día menos atractiva para amplios sectores de la población.* Así, si es cierto que una mayoría de los latinoamericanos la sigue prefiriendo a cualquier

otro régimen (lo cual es fácil de entender dados el clima cultural de la época y la falta de alternativas), apenas uno de cada tres se dice satisfecho con el modo en que funciona¹.

Una de las formas en que suele expresarse todo esto es en la gran distancia que separa a los políticos de los votantes, con el daño consiguiente a la relación de representatividad. Conviene recordar que Schumpeter formuló su teoría cuando ya había comenzado la era de la radio pero todavía no la de la televisión, con todo lo que esta última ha supuesto en términos de una personalización de la política, especialmente en contextos de partidos débiles y poco ideologizados. Tal personalización tiende a crear un semblante de proximidad que agudiza el desencanto cuando las promesas no se cumplen y faltan además los soportes partidarios e ideológicos que sean capaces de mantener razonablemente las expectativas.

Bastaría con tomarle la palabra a ciertos influyentes teóricos de la economía de mercado y del liberalismo democrático para darse cuenta de los riesgos que las situaciones de este tipo entrañan para la gobernabilidad.

Pienso en las advertencias de Huntington y de otros -que sintetice en páginas anteriores- acerca de los presuntos peligros que implicaba una participación excesiva del pueblo en la política. Con mucha más razón cabría plantear ahora el problema inverso (sobre el que nada dijeron), esto es, la pérdida creciente de confianza de los votantes en un régimen sedicentemente representativo en el cual las elecciones cuentan cada vez menos debido a que los grandes capitalistas y sus grupos de presión tienen una participación desmesurada en las decisiones públicas. Sobre todo que una intervención política tan notoriamente excesiva como ésta no parece estar conduciendo en ninguna parte a un desarrollo sostenible e incluyente y, además, tiene una afinidad notoria con ese festín de los pícaros que se refleja en niveles inéditos de corrupción, de evasión fiscal y de amañamiento de las leyes.

De ahí que también me haya detenido antes en una constatación muy significativa que se desprende de la historia contemporánea de los países del Primer Mundo: prácticamente en ninguna parte la burguesía desempeñó un papel principal y

¹ Las encuestas realizadas en toda América Latina por *Latín barómetro* entre enero y marzo de 2000, por ejemplo, indican que el 60% de los entrevistados apoya la democracia pero sólo un 37% aprueba la manera en que se desempeñan sus instituciones (*Clarín*, 20 de mayo de 2000). Como se advierte, a pesar de la vaguedad del término "democracia" esa mayoría no es abrumadora y baja notoriamente cuando la pregunta se vuelve más concreta.

positivo por sí misma en el proceso de consolidación de la democracia liberal. Dicho de otro modo, sin presión ni control desde abajo tal proceso no hubiera seguido los cauces que siguió ni tampoco el Estado y la ciudadanía hubiesen sido contruidos de la manera que los conocemos².

O sea que a la paradoja latinoamericana que ya señalé se le agrega otra que la complementa y que puede enunciarse así: para afianzar el gobierno representativo, los políticos no movilizan seriamente a los sectores populares sino que tienden a buscar el apoyo de las mismas burguesías locales y extranjeras que antes medraron con las dictaduras y que hoy lucran con las privatizaciones o los negocios financieros. La consecuencia es que asistimos a una enorme concentración, no sólo del ingreso y de la riqueza, sino también del poder y las ideas que se suponen aptas para promover el crecimiento económico y fijar los alcances de la propia democracia.

Doble novedad entonces: que se pretenda consolidar la democracia representativa mientras, por un lado, no mejoran o se agravan las condiciones de vida de la mayoría de la población y, por el otro, hegemonizan el proceso los sectores burgueses más poderosos.

Las enseñanzas de la física

Por eso es aconsejable repensar a esta altura una fórmula que, en América Latina, va camino de convertirse en un lugar común de los políticos: "los defectos de la democracia sólo se corrigen con más democracia".

La afirmación resulta inobjetable cuando se la usa en oposición a los mesianismos autoritarios y redencionistas pasados, presentes y futuros de cualquier pelaje que sean. Con todas sus grandes limitaciones e injusticias, las democracias representativas existentes son portadoras de libertades públicas irrenunciables que deben ser sostenidas y ampliadas.

Sin embargo, cada vez con mayor frecuencia, se tiende a emplear aquella fórmula de un modo equivalente al "no hay alternativas" que popularizó Margaret

² Hace ya más de cuatro siglos, se preguntaba Maquiavelo si una república debía poner la protección de la libertad en manos de los poderosos o del pueblo. Y optaba por el pueblo pues siempre es mejor que "una cosa sea dejada a cargo de quienes menos deseos tienen de usurparla".

Thatcher en el plano económico (o a aquel "la democracia es lo que es" schumpeteriano, referido a otras situaciones). En este caso, todo lo que se acaba afirmando es que a la democracia sólo se la corrige con más de lo mismo. Algo que, a la luz de lo expuesto hasta aquí, no resulta para nada evidente.

Pienso, en cambio, que el aserto ganaría en plausibilidad si tomase una forma parecida a la siguiente: *a la democracia sólo se la corrige experimentando con nuevas formas de democracia más adecuadas a las circunstancias particulares que nos toca vivir.*

Apelo nuevamente a una enseñanza de la física que le gustaba recordar a Schumpeter: *"si un físico observa que el mismo mecanismo funciona de un modo diferente en épocas distintas y en lugares distintos, concluye que su funcionamiento depende de condiciones extrañas al mismo. Nosotros no podemos sino llegar a la misma conclusión por lo que se refiere al sistema democrático"*. De lo cual, obviamente, pueden sacarse dos conclusiones diversas: que para obtener resultados similares hay que cambiar las condiciones o hay que cambiar el mecanismo.

Los teóricos de la modernización sostenían lo primero y consideraban, por ello, que la democracia liberal no podía funcionar en los países en desarrollo (los llamaban "subdesarrollados") si antes no se transformaban profundamente sus economías y sus sociedades. Como es sabida, una de las consecuencias nefastas de este planteo fue que sirvió de justificación a dictaduras de toda laya que se acostumbraron a vestir su despotismo con ropajes modernizadores (y, si correspondía, anticomunistas).

En tiempos más recientes, y en una reacción entendible, varios autores (entre los cuales cité antes a Weffort) alteraron la secuencia para decir con igual énfasis que, por el contrario, la democracia debía ser condición previa de la modernización. Sin embargo, cuando se adopta el punto de vista de la sociedad en su conjunto, las pruebas que pueden aducirse hasta aquí en apoyo de tal posición son, según vimos, menos que satisfactorias. Es que, en los términos en los cuales viene siendo negociada con los grandes factores de poder, la viabilidad democrática se transforma con demasiada frecuencia en un real freno para la modernización (o, si se prefiere, impulsa una modernización que atenta contra la integración nacional y victimiza a grandes segmentos de la población).

Por eso creo que el dilema de los físicos que hizo suyo Schumpeter no admite medias tintas: *o se modifican las condiciones o se modifica el mecanismo*. Y la única respuesta no autoritaria que se desprende de la realidad histórica de nuestros países es hoy, claramente, la segunda, o sea la urgente necesidad de embarcarse en lo que el teórico brasileño Roberto Mangabeira Unger ha bautizado como el "experimentalismo democrático". Independientemente del valor específico que tengan sus propuestas, lo que rescato es el espíritu que las anima y que no es otro que el de "labrar un camino rebelde de desarrollo nacional y rehacer la forma institucional del mercado y de la democracia". Como él mismo afirma, lo demás es puro fetichismo de las estructuras y de las instituciones que se han importado.

Sólo que, como se comprende, modificar el mecanismo lleva de inmediato a ocuparse de las condiciones, precisamente porque la democracia nunca ha sido ni puede ser un mero procedimiento. Lo cual nos reinstala, por buenos motivos, en la cuestión de los parecidos de familia.